

solicitada de las naciones más extrañas. Como el objeto de la embajada era el mutuo y recíproco enlace entre los príncipes de la casa de Borbon y la de Austria, se presentó el embajador en Madrid con un estentoso y lucido séquito de caballeros franceses cortesanos, discretos y amigos de las buenas letras, y tuvo precision de visitar entre otros próceres de la corte de Felipe III al Cardenal Arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval. El día 25 de Febrero del año de 1615 le pagó este prelado la visita, acompañado de varios capellanes, y entre ellos del licenciado Francisco Márquez Torres, su maestro de pajes. Esta casualidad dió motivo á que en el coloquio que tuvieron los caballeros franceses con los capellanes del arzobispo, mientras éste visitaba al embajador, se tratase de las obras de ingenio que andaban entonces más válidas, y consiguientemente de la segunda parte del Quijote, cuya censura estaba cometida al licenciado Márquez. Apenas oyeron aquellos caballeros el nombre de Cervantes, cuando comenzaron á hacerse lenguas y ponderar la estimacion que tenian tanto en Francia como en los reinos confinantes el Quijote, las Novelas y la Galatea, que algunos de ellos sabia casi de memoria. Sus encarecimientos fueron tales, que el licenciado Márquez se ofreció á llevarlos á casa del autor de estas obras, para que le viesen y conociesen, lo que aceptaron y estimaron con mil demostraciones de vivos deseos, preguntándole entre tanto muy por menor la edad, profesion, calidad y facultades de Cervantes. El licenciado Márquez se vió obligado á responderles que era viejo, soldado, pobre é hidalgo, y su respuesta conmovió de suerte á uno de aquellos caballeros, que exclamó sin detenerse: «¿pues á tal hombre no le tiene España »muy rico y sustentado del erario público?» Pero otro le repuso con mucha discrecion diciéndole: «Si necesidad le ha de obligar á escribir, plegue á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus »obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.» Ocurrencias agudas é ingeniosas, propias de la urbanidad y viveza de aquella sábia é ilustre nacion, y muy oportunas para desagrar á Cervantes de la indiferencia ó malicia con que desdeñaban su persona los mismos que no podian dejar de confesar y conocer sus talentos.

106 Singular es el que manifestó en la expresada parábola, don-

de se atrevió á retratar la verdad desnuda; mas con tal arte y maestría, que no alcanzaron á percibirla aquellos á quienes podia ofender. Las obras puramente agudas suelen ser demasiado punzantes: las muy circunspectas tocan por lo comun en el extremo opuesto, y son frias y desmayadas. Nuestro autor supo evitar ambos defectos, templando la libertad con su prudencia, y avivando la circunspeccion con su ingenio. Este es el primer mérito de la segunda parte del Quijote, obra en que luce el talento original de Cervantes más que en otra alguna, y que por lo mismo debe servir de regla para medir la elevacion de su ingenio.

107 Verdad es que no fué igual en todas sus producciones; pero el Quijote sólo basta para colocarle en la clase de aquellos hombres grandes, que producen rara vez los siglos. Ninguno hasta ahora ha podido eximirse de aquella desigualdad propia de nuestra naturaleza. El incomparable Newton fué autor de los *Principios Matemáticos*, de la *Filosofía Natural*, y de unas *Observaciones sobre las profecias de Daniel y del Apocalipsi*: Cervantes publicó sus entremeses y comedias al mismo tiempo que la continuacion del Quijote. En uno y otro se verificó que el espíritu humano es un conjunto de fuerza y flaqueza, y ámbos consolaron á los demas hombres de la superioridad que tenian algunas de sus obras, con el descrédito que merecieron otras.

108 La segunda parte del Quijote fué la última de Cervantes que se imprimió durante su vida. Su salud, que estaba ya muy alterada á fines del año de 1615, fué decayendo más y más á principios del siguiente; pero sin debilitar su ingenio, ni perturbar su imaginacion. Desde el año 1613 tenia ofrecidos al público *Los Trabajos de Persiles y Segismunda*, y á 31 de Octubre del año de 1615 repitió la misma oferta al Conde de Lemos, asegurándole que tendria finalizada aquella obra dentro de cuatro meses. Así lo cumplió, no obstante la grave enfermedad que padecia, la cual iba acabando con su vida casi al mismo paso que él concluia esta novela.

109 El objeto que se propuso en ella, fué imitar al célebre griego Heliodoro, y hacer émulos de los castos amores de Teágenes y Cariclea los de Periandro y Auristela. Su desempeño es evidente prue-

ba de su infatigable actividad y del vigor de su espíritu, que conservó sin alteracion aún entre los brazos de la muerte.

110 A principios de Abril de 1616 tenia acabado ya el Persiles, tan á costa de su salud, que sin componer la dedicatoria ni el prólogo pasó á Esquivias, creyendo quizá mejorarse mudando de aire y temperamento; pero fué al contrario, porque se agravó de suerte que, ó con el deseo de morir en su casa, ó con la esperanza de lograr algun alivio en ella, se volvió á Madrid acompañado de dos amigos. En el camino tuvo un encuentro, que le dió motivo para escribir el prólogo que está al frente del Persiles, y referir en él las circunstancias y estado de su enfermedad.

111 El caso fué, que cuando volvian de Esquivias, y estaban ya cercanos á Madrid, sintieron que venia á sus espaldas uno picando con gran priesa y dándoles voces para que se detuviesen. Hiciéronlo así, vieron que era un estudiante, el cual en llegando se quejó de que caminaban tanto, que no podia alcanzarles para ir en su compañía. A lo que uno de los dos amigos de nuestro autor le respondió, que la culpa era del caballo del señor Miguel de Cervantes, por ser bastante pasilargo. No bien hubo pronunciado el nombre de Cervantes, cuando el estudiante, que era su apasionado, aunque no le conocia, se apeó sin detenerse, y cogiéndole la mano izquierda dijo: «sí, sí, este es el »manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el »gocijo de las musas.» Abrazóle Cervantes, dándole gracias con su acostumbrada modestia, y le pidió que volviese á montar y caminarian juntos en buena conversacion lo que les faltaba del camino. Así lo hizo el comedido estudiante, y su coloquio es la única noticia que hay de la enfermedad de Cervantes conservada por él mismo. «Tu- »vimos, dice, algun tanto más las riendas, y con paso asentado segui- »mos nuestro camino, en el cual se trató de mi enfermedad, y el buen »estudiante me desahució al momento diciendo: esta enfermedad es »de hidropesia, que no la sanará toda el agua del Océano que dul- »cemente se bebiese. Vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al »beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medi- »cina alguna. Eso me han dicho muchos, respondí yo; pero así pue- »do dejar de beber á todo mi beneplácito, como si para sólo eso hu-

»biera nacido. Mi vida se va acabando, y al paso de las efeméridas »de mis pulsos, que á más tardar acabarán su carrera este domingo, »acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuesa merced »á conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradeci- »do á la voluntad que vuesa merced me ha mostrado. En esto lle- »gamos á la puente de Toledo, y yo entré por ella, y él se apartó á »entrar por la de Segovia.»

112 Cuando Cervantes puso por escrito este diálogo despues de estar en su casa, fluctuaba aún entre el recelo y la esperanza; pero sin desmentir su genio festivo y donoso, como lo acredita la graciosa descripcion que hizo del vestido, montura y ademanes del estudiante. Por una parte le aquejaba tanto el mal, que le precisó á dejar la pluma sin concluir el diálogo, y á despedirse para siempre de sus gracias, de sus donaires y amigos; por otra, no desconfiaba de volver á anudar aquel discurso en mejor ocasion y suplir lo que le faltaba y convenia haber dicho en ésta. Al fin la enfermedad desvaneciò todas sus esperanzas, porque le postró de suerte, que considerándole ya sin remedio, le administraron la Extremauncion el dia 18 de Abril del referido año de 1616.

113 Ya desamparaban á Cervantes las fuerzas del cuerpo, y aún mantenía firme el espíritu y viva la memoria de su bienhechor el Conde de Lemos. El dia despues que le olearon escribió una carta despidiéndose de él, y ofreciéndole por último obsequio los trabajos de Persiles y Segismunda; carta digna de que la tuviesen presente todos los grandes y todos los sabios del mundo, para aprender los unos á ser magníficos, y á ser agradecidos los otros: «Ayer me »dieron la Extremauncion, *le dice Cervantes*, y hoy escribo ésta. »El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y »con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y qui- »siera yo ponerle coto hasta besar los piés á V. E., que podria ser »fuese tanto el contento de ver á V. E. bueno en España, que me »volviese á dar la vida. Pero si está decretado que la haya de perder, »cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo ménos sepa V. E. este »mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servir- »le, que quiso pasar aún más allá de la muerte mostrando su inten-

»cion. Con todo esto, como en profecía me alegro de la llegada de
 »V. E., regocijome de verle señalar con el dedo, y realégrome de
 »que salieron verdaderas mis esperanzas, dilatadas en la fama de las
 »bondades de V. E.» Las expresiones de esta carta son tanto más
 honoríficas al Conde de Lémos, cuanto más deplorada era la situa-
 cion del que las escribia. No puede haber mejor ejemplo de una gra-
 titud noble, sencilla y desinteresada, y estas postreras líneas de Cer-
 vantes merecen leerse con la misma atencion y respeto con que la
 antigüedad escuchó los últimos acentos de Séneca.

114 Igual serenidad mantuvo hasta el último punto de la vida. Otorgó testamento dejando por albaceas á su mujer Doña Catalina de Salazar, y al licenciado Francisco Nuñez, que vivia en la misma casa; mandó que le sepultasen en las Monjas Trinitarias, y murió á 23 del expresado mes de Abril, de edad de 68 años, 6 meses y 14 días.

115 Su funeral fué tan oscuro y pobre como lo habia sido su persona. Los epitafios que compusieron en alabanza suya no merecian haberse conservado. En su entierro no quedó lápida, inscripcion ni memoria alguna que le distinguiese, y parece (si es lícito decirlo) que el hado siniestro, que le habia perseguido miéntras vivo, le acompañó hasta el sepulcro, para impedir que le honrasen sus amigos y protectores.

116 Si hubiera florecido este ilustre español en Atenas ó en Roma, le hubieran erigido estatuas y trasladado su vida á la posteridad con aquella noble elocuencia con que sabian honrar el mérito de los claros varones. En España no fué celebrado dignamente entónces por falta de diligencia ó de voluntad: las presentes noticias de su vida, recogidas y ordenadas ahora sin otro objeto que un desinteresado y honesto amor de la patria, merecerán disculpa, si no mereciesen alabanza.

FIN DE LA VIDA DE MIGUEL DE CERVANTES.

LA GITANILLA

Parece que los gitanos y gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones, y finalmente salen con ser ladrones corrientes y molientes á todo ruedo; y la gana de hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables que no se quitan sino con la muerte.

Una, pues, de esta nacion, gitana vieja, que podia ser jubilada en la ciencia de Caco, crió una muchacha en nombre de nieta suya, á quien puso por nombre Preciosa, y á quien enseñó todas sus gitanerías y modos de embelecocos y trazas de hurtar. Salió la tal Preciosa la más única bailadora que se hallaba en todo el gitanismo, y la más hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los gitanos, sino entre cuantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama. Ni los soles, ni los aires, ni todas las inclemencias del cielo, á quien más que otras gentes están sujetos los gitanos, pudieron deslustrar su rostro ni curtir sus manos; y lo que es más, que la crianza tosca en que se criaba no descubria en ella sino ser nacida de mayores prendas que de gitana, porque era en extremo cortés y bien razona-